

PERFIL DE LAS ELECCIONES

Nuestro periódico no hubiera escrito una sola palabra para intervenir en la disputa política que tuvo su desenlace en las urnas de anteayer, si la controversia se hubiera limitado al choque de los partidos Popular, Republicano e Independentista. El motivo lo conoce el país. La discusión por los cargos públicos —que fué lo envuelto primordialmente en los comicios de anteayer— no cautiva el interés fundamental de nuestro periódico, como habría de cautivarlo si el debate pusiera a discusión el problema de nuestra postergada soberanía.

No obstante, nuestra militancia en la línea de lucha que defiende de todo riesgo las conquistas e instituciones puertorriqueñas, nos colocó de modo determinado frente a un elemento de perturbación introducido a última hora en la pugna apasionada de las elecciones. Tal elemento de perturbación no fué otro que el que se propuso lanzar al caos los resultados electorales, mediante el desplazamiento audaz tramado con mente y alma retrógrada por los obispos Davis, McManus y Aponte, para que el clericalismo medieval que ellos representan suplantara la función política de nuestra vida pública.

El atraco del clericalismo a las libertades y a la democracia que disfrutamos, no podía asaltar con su participación ilegítima la controversia de los comicios, sin que nosotros lo denunciáramos como un engendro de maléfica discordia, enderezado a dividir las instituciones de la Isla y a minar destructivamente los principios que separan la Iglesia del Estado y que rigen, además, nuestra vida democrática.

La intransigencia clerical que no tuvo reparos en promover, con desprecio incalificable del país, el más dañino y pérfido de los rencores divisionistas —como ha sido en la Historia el de los movimientos de enconos religiosos— nos colocó militantemente frente a las pastorales disociadoras de Davis, McManus y Aponte, en línea de lucha para defender la conquista de ideales y principios civilizadores de nuestro pueblo, que los obispos amenazaron con arrastrar a los antros informes de las épocas rudimentarias.

Como el mundo católico lo compone la mayoría del pueblo de Puerto Rico, la idea de dislocar el funcionamiento democrático de las urnas la llevó tan lejos el obispo Davis, que pocas horas antes de las elecciones lanzó su última andanada devastadora contra la colectividad que él y sus congéneres McManus y Aponte habían escogido para la fulminación de su ataque reaccionario.

Y todo llegó al climax, como esperaba la conciencia apacible, pero experimentada de nuestro pueblo. Las urnas hablaron anteayer con su elocuencia decisiva y contundente. La temeridad que intentó la futilidad de echar cizaña entre católicos y católicos y entre puertorriqueños y puertorriqueños, fracasó del todo. Salvo el movimiento de poca envergadura favorecido por los obispados, el país se pronunció como una masa compacta a favor de sus viejos credos políticos. Triunfó, pues, la grandeza y el espíritu indivisible de nuestro gran pueblo.

Ahora, es de esperarse que florezca el perdón.